


REVISTA DE LIBROS

Dossier: *La izquierda peronista*

“La verdad es la única realidad”: identidades, hibridaciones y fronteras en disputa*

Mora González Canosa

CONICET – IdIHCS / Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación - Universidad Nacional de La Plata

gonzalezcanosa@yahoo.com.ar

Toda presentación de un libro es una ocasión de celebración y, a la vez, una invitación a la lectura. ¿Qué decir, entonces, como invitación a la lectura del libro de Germán Gil, *La izquierda peronista. Transitando los bordes de la revolución: 1955-1974?*

En principio, quisiera plantear algunas cuestiones generales acerca del libro: sobre su problema de estudio, su nivel de análisis, sus preguntas. Y luego, rescatar dos claves de lectura que hacen al modo en que se construye y se piensa ese contingente heterogéneo denominado izquierda peronista.

Para comenzar, diría que estamos frente a una investigación sumamente documentada y muy ambiciosa; un trabajo que, al tiempo que apela a numerosas fuentes, constituye también un texto de síntesis. De hecho, el libro no estudia una sola organización de la izquierda peronista, ni

* Exposición oral en la presentación del libro de German Gil, *La izquierda peronista. Transitando los bordes de la revolución, 1955-1974* (Buenos Aires: Prometeo, 2019), realizada el 13 de julio de 2019 en la Sociedad Luz de Buenos Aires.

lo hace en un período acotado. Por el contrario, aborda el itinerario de gestación, desarrollo y declive de todo ese contingente desde 1955 hasta 1974, es decir, desde la proscripción del peronismo hasta las vísperas de la última dictadura militar.

A su vez, diría que su nivel de análisis es, sobre todo, el ideológico, el discursivo y, también, el de las identidades políticas. Por supuesto, en el camino el libro recorre contextos históricos, reconstruye grupos y estructuras organizativas, pero siempre en función de comprender las tramas discursivas y las formulaciones ideológicas de la izquierda peronista.

En este sentido, la pregunta que recorre el libro podría formularse del siguiente modo: ¿cuáles son las condiciones sociales y políticas que habilitaron la constitución de la izquierda peronista? Y, sobre todo, ¿en qué consiste, en términos de reformulaciones ideológicas, esta izquierda peronista?

Con esas preguntas como hilos vertebradores, y según la periodización propuesta, el libro recorre tres etapas en la conformación ideológica de la izquierda peronista: 1) la etapa insurreccional (durante el segundo lustro de la década del cincuenta), 2) la etapa de reformulación ideológica (durante la década del sesenta) y 3) la etapa de las organizaciones armadas (entre 1969 y 1976). Y, en cada una de esas etapas, intenta desentrañar cómo se fue configurando la identidad peronista, es decir, qué significaba ser peronista para estos militantes, perfilando las condiciones sociales y políticas que permitieron que un sector del movimiento comience a virar hacia la izquierda. En este sentido, si situamos el trabajo frente a otras investigaciones que se interesaron por temas parecidos, lo que aquí se analiza es la “izquierdización” del peronismo. Es decir, el surgimiento de un ala izquierda desde las entrañas del propio movimiento, a partir de la hibridación y la mezcla con otras identidades políticas. Y, no tanto, como podemos ver en otras investigaciones, el proceso de “peronización” de la izquierda —es decir, cómo desde partidos de izquierda se producen diversas rupturas que dan por resultado cierto acercamiento al peronismo—, o bien de sectores provenientes de tradiciones ligadas al catolicismo renovador o al nacionalismo.

En ese camino, el libro recorre infinidad de temas. Desde las principales características de la resistencia peronista hasta las relaciones con Cuba; desde los debates entre el foco rural y urbano hasta el alcance continental o nacional de la lucha. También, las diferencias entre los llamados

“movimientistas”, “tendencistas” y “alternativistas” en todas sus aristas que, muy sintéticamente, implicaban diversas caracterizaciones sobre: 1) la forma de pensar la contradicción principal y el objetivo final del proceso revolucionario, 2) el rol de Perón en ese proceso; 3) las formas de caracterizar el movimiento peronista y sus sectores internos y, en relación con todo lo anterior 4) las estrategias para impulsar el proceso revolucionario buscado, lo cual implicaba fijar posiciones frente a las posibilidades de apelar o no a las instancias de participación del movimiento peronista; la necesidad de crear nuevas estructuras organizativas y, a su vez, diversas concepciones sobre cómo debían relacionarse las organizaciones armadas con sectores más amplios del movimiento social.

Ahora bien, luego de estas cuestiones introductorias, quisiera plantear dos claves de lectura presentes en el libro que me parecen sumamente productivas para el abordaje de estos temas.

En primer lugar, su vocación por *comprender* la izquierda peronista, en el sentido fuerte del término y en contraposición con una matriz interpretativa que, aún con enormes diferencias, pervive en visiones tanto de sectores reaccionarios de las Fuerzas Armadas, como de grupos progresistas del peronismo; y tanto en la voz de actores de la época, como en voces de la academia. Se trata de la tendencia, tan recurrente según los antropólogos, a considerar que lo “otro”, lo “extraño”, lo desconocido —el “mal”— siempre viene de afuera. En este sentido, en términos de los lentes con que el libro va perfilando su problema de estudio, destaco su profunda vocación por *comprender*; comprender la lógica de los actores, el tipo de racionalidad específica que van configurando y que guía su accionar, así como las condiciones sociales y políticas que explican tanto el surgimiento como la declinación de la izquierda peronista; tanto sus arraigos y ligazones con sectores más amplios del movimiento social, como sus tensiones y aislamientos.

La “teoría de los dos demonios” —esa explicación donde la sociedad aparece como víctima inocente del fuego cruzado entre militares y organizaciones armadas— fue profundamente operativa en la configuración de este tipo de matriz interpretativa a la hora de abordar los aspectos más controversiales de nuestro pasado reciente. En este sentido, puede afirmarse que, si los estudios sobre las actitudes sociales en dictadura contribuyeron a desmontar uno de esos demonios (mostrando las relaciones de la sociedad con el régimen militar, en una escala de actitudes

que fueron desde la complicidad hasta la resistencia); los estudios sobre los procesos de activación social, politización y radicalización de las décadas del sesenta y setenta permiten de algún modo hacer lo propio respecto de las organizaciones armadas y no armadas del peronismo y la izquierda. Esto es, analizar sus profundas imbricaciones con las tramas sociales y políticas de las que emergieron y con los sectores del movimiento social más amplio con que se ligaron.

Ahora bien, si consideramos la fecha en que se publicó por primera vez este libro (durante los años ochenta, en una versión mucho más reducida), lo llamativo es lo temprano de esa voluntad de comprensión, porque en el campo académico predominaban otras improntas. Básicamente, estudios sustentados en una concepción fuertemente consensualista de la política, que miraban el período previo desde la revalorización de los métodos democrático-parlamentarios que fue propia de la época de la transición. Desde esa perspectiva, las organizaciones armadas solían aparecer como creaciones *ex nihilo* y se acentuaban las diferencias entre su accionar y un vasto movimiento popular de carácter “espontáneo” en que aquellas habrían querido implantarse, desde afuera y desde arriba, obstruyendo su carácter democratizador. En el mismo sentido, hoy no faltan estudios que reeditan esa visión, concibiendo todo ese proceso como una suerte de locura irracional incomprensible.

Si dejamos de lado las lecturas de la academia y pensamos en la voz de los propios actores, tanto en los discursos sociales de aquella época como en las memorias que se configuran hoy, no es extraño encontrar pervivencias de ese tipo de matriz interpretativa. El libro las detecta una y otra vez para problematizarlas. Aparecen, por ejemplo, típicamente alrededor de la cuestión cubana. Cuba es, siempre, foco de atracción para explicaciones “exógenas” de este orden. En la voz de las Fuerzas Armadas, por caso, los izquierdistas siempre son “agitadores externos”; en esta época y de modo predilecto: “agentes cubanos” *ajenos a la nación*. En el libro se problematiza este tema e, incluso, el autor explicita los motivos tanto epistemológicos como políticos que lo llevaron a no incluir la cuestión cubana en la versión de los ochenta, que sí encuentra su lugar en la publicación actual, ya en otro contexto y con otras condiciones sociales de escucha.

De todos modos, tampoco es necesario apelar a la voz de las Fuerzas Armadas para encontrar este tipo de visiones sobre la izquierda peronista. También podemos hallarlas dentro del pro-

pio movimiento, cuando la llamada “burocracia” sindical y política, y el propio Perón —conviene subrayarlo—, la caracterizaban como “infiltrada”, es decir, *ajena al movimiento peronista*; tema que, por su parte, Pablo Pozzi se encarga de recordar en el prólogo del libro.

Ahora bien, tampoco es necesario adentrarse en los discursos de la derecha peronista para observar pervivencias de este tipo de matriz explicativa. También podemos encontrarlas en las voces de sectores “movimientistas”, sobre todo en memorias montoneras con ciertos resabios antiizquierdistas donde, finalmente, la izquierda también aparece como *ajena a las juventudes peronistas*. Es el caso, por ejemplo, de aquellas memorias que buscan la explicación de las derivas militaristas de Montoneros en las influencias guevaristas y leninistas de las Fuerzas Armadas Revolucionarias (FAR), tras la fusión de ambas organizaciones. El libro problematiza y refuta este tipo de explicaciones basadas en variables “exógenas” recordando, entre muchas otras cuestiones, el previsible predominio de la lógica militar entre sectores “movimientistas” que se pensaban a sí mismos como mero “brazo armado” del peronismo “realmente existente”. O bien, por el contrario, la inclinación a gestar estructuras de masas para disputar la orientación del movimiento que fue muy propia de las aspiraciones hegemónicas del “tendencismo”. También se problematizan aquellas visiones donde los desafíos al liderazgo de Perón, o el clasismo, serían fenómenos típicos de la clase media universitaria “recién llegada” al peronismo —sectores que, en definitiva, también vendrían “de afuera” del movimiento—. En esa clave, el libro nos recuerda que esos eran también los orígenes sociales de los “oscuros” de las Fuerzas Armadas Peronistas (FAP) (grupo “movimientista” que luego ingresó a Montoneros); o bien las raíces militantes profundamente obreras de muchos sectores “alternativistas”, quienes habiendo sido activistas gremiales desde los sesenta, estaban ya curtidos en los vaivenes típicos de las estrategias del viejo general.

La segunda clave de lectura que quiero plantear se relaciona con el modo en que se piensan las identidades políticas en el libro. Porque, en definitiva, todas las explicaciones recién señaladas —en que la izquierda peronista aparece como *ajena a la nación*, *ajena al movimiento peronista*, e incluso *ajena a las juventudes peronistas*—, expresan visiones esencialistas, puristas, que rehúyen de la mezcla. Y, como bien muestra el libro, la izquierda peronista no fue una excepción en el orden de

las identidades políticas: lo suyo fue la hibridez, el mestizaje, la confluencia de diversas tradiciones político-ideológicas.

En principio, hay que destacar que en el libro no hay una definición a priori sobre aquello que se va a entender por izquierda peronista. Por un lado —por el lado peronista, digamos—, quisiera destacar que el autor del libro no cede a la tentación de erigirse en juez, dictaminando quién es más peronista que quién en esa izquierda peronista (típicamente: si se puede ser clasista y peronista; peronista y al mismo tiempo desafiar el liderazgo de Perón, etc.). Es decir, hace de las disputas de los actores por las fronteras de esa identidad política, por los criterios de demarcación en virtud de los cuales se incluye a unos y se excluye a otros, un problema de estudio. Por el otro lado, a la hora de intentar desentrañar qué significa ser más o menos de izquierda dentro de la izquierda peronista, diría que el trabajo es, si se quiere, más tradicional. Allí las referencias para co-tejar, la vara con que medir, son los clásicos del marxismo.

En este punto, yo incorporaría una última cuestión que consiste no tanto en dilucidar qué es ser de izquierda en el peronismo sino, ya tras la mezcla y la hibridación digamos, qué huellas de la cultura de izquierdas podríamos encontrar en esa izquierda peronista. Y creo que es algo del orden de las expectativas, de las potencialidades; una suerte de apuesta política por las virtualidades del peronismo. Es decir, la idea de que el peronismo es lo que es, pero, dada su composición de clases y la experiencia vivida por los trabajadores, tiene posibilidades de transformarse en otra cosa. Hay allí cierta expectativa de improntas muy marxistas, muy dialécticas —muy “cookistas” se diría en el libro—; una suerte de “estar ahí” por las potencialidades que eso encierra de convertirse en otra cosa. En definitiva, una forma de ser y de estar en el peronismo que lleva las huellas de la cultura de izquierdas¹. Creo que esas huellas están en mayor o menor medida presentes en todas las variantes de la izquierda peronista, aunque quizás de modo menos pronunciado en las vertientes más “movimientistas”. Es decir, aquellas en que, al sostener que el peronismo “empíricamente existente” ya era revolucionario en su conjunto, este orden de expectativas se debilita.

1 En el mismo sentido, aunque para otro contexto y vertientes peronistas, puede verse Carlos Altamirano, “Peronismo y cultura de izquierda en la Argentina (1955-1965)”, en *Peronismo y cultura de izquierda* (Buenos Aires: Temas, 2001), 49-79.

Para concluir, quisiera poner en común dos citas. Una de Perón y otra de Francisco Urondo, poeta y militante de FAR y Montoneros. Dos citas que permiten poner en juego este orden de expectativas tan típicas de la izquierda peronista y, también, los equívocos, mensajes cruzados y desafíos mutuos que existieron todo el tiempo en su relación con Perón.

Una de ellas es la conocida frase de Perón: “La única verdad es la realidad”. Frase que, además de ser usual en el léxico político del viejo general —amante de la *realpolitik* como todo gran estratega—, fue el título del documento con que lanzó el FRECILINA (Frente Cívico de Liberación Nacional) a principios de 1972, que luego se convertiría en el FREJULI, armado político con que el peronismo ganó las elecciones en marzo de 1973.

La otra cita corresponde a un poema de Francisco Urondo, quien tan sólo un año después del conocido documento de Perón, escribía “La verdad es la única realidad” buscando, quizás una vez más, “la palabra justa”. Estaba en la cárcel de Villa Devoto y corría el mes de abril de 1973, es decir, faltaba muy poco para que saliera liberado con la amnistía del 25 de mayo. Un poema cuasi benjaminiano —tan hermoso para pensar las derivas de la memoria— y muy expresivo del tipo de sensibilidad de la izquierda peronista, que transcribo a continuación cerrando esta intervención:

Del otro lado de la reja está la realidad, de
este lado de la reja también está
la realidad; la única irreal
es la reja; la libertad es real aunque no se sabe bien
si pertenece al mundo de los vivos, al
mundo de los muertos, al mundo de las
fantasías o al mundo de la vigilia, al de la explotación o de la
producción.
Los sueños, sueños son; los recuerdos, aquel
cuerpo, ese vaso de vino, el amor y
las flaquezas del amor, por supuesto, forman
parte de la realidad; un disparo en
la noche, en la frente de estos hermanos, de estos hijos,
aquellos
gritos irreales de dolor real de los torturados en
el ángelus eterno y siniestro en una brigada de policía
cualquiera
son parte de la memoria, no suponen necesariamente el

presente, pero pertenecen a la
realidad. La única aparente
es la reja cuadriculando el cielo, el canto
perdido de un preso, ladrón o combatiente, la voz
fusilada, resucitada al tercer día en un vuelo inmenso
cubriendo la Patagonia
porque las masacres, las redenciones, pertenecen a la realidad,
como
la esperanza rescatada de la pólvora, de la inocencia
estival: son la realidad, como el coraje y la convalecencia
del miedo, ese aire que se resiste a volver después del peligro
como los designios de todo un pueblo que marcha hacia la
victoria
o hacia la muerte, que tropieza, que aprende a defenderse, a
rescatar lo suyo, su
realidad.
Aunque parezca a veces una mentira, la única
mentira no es siquiera la traición, es
simplemente una reja que no pertenece a la realidad.